

Poesía de Martínez Sarrión

Quien es alcanzado por el abrigo de esta rada que hoy nos dibuja la voz de Antonio Martínez Sarrión, siente, en primer lugar, que su palabra es de las que no defraudan, pues con este título confirma, y con creces, las incuestionables dotes líricas que su obra anterior, reunida bajo el nombre de *El centro inaccesible*, había ya adelantado. Cuando la mayoría de los poetas enrolados en las filas «novísimas» han callado o han visto considerablemente mermada la calidad de los primeros títulos que los catapultaron a la fama, la obra de Martínez Sarrión se ahonda y se demora en sus anteriores logros, trascendiéndolos con la calidez de un nuevo «gesto». Así, es la suya una de las pocas voces de la generación marginada que no sólo sigue viva, sino saludablemente enriquecida, madurada en jugosa plenitud. Con este último libro, el autor de *Teatro de operaciones* consolida un primerísimo lugar en el panorama actual de la producción poética de su grupo.

Pero a la par sentimos que podemos dejarnos ganar por la invitación de su palabra, y respondemos haciéndola nuestra: y entonces también echamos ancla, y reposamos, y, siempre compartiéndola, alcanzamos a guarecernos de algunas tempestades y tormentas. Porque esta propuesta parte de un «gesto» diferente:

*No, el corazón es el mismo,
algo más averiado
mas no rescoldo aún.
Lo que cambió fue el gesto.
De aquella loca búsqueda no queda
sino un encuentro de lo más trivial:
los límites del tiempo,
la terrible barrera de argamasa
contra la que será del todo inevitable
—todo pateo es en vano— dejarse la sesera
sin ultimar el pacto.*

El título del poema es altamente significativo a la hora de acoplar este *Horizonte desde la rada* a la obra anterior de Martínez Sarrión: «Velocidad controlada por radar». El «encuentro de lo más trivial» —enunciado con la parquedad necesaria para no esconder la trágica sorna pero a la vez evitar el patetismo— sigue siendo «la terrible barrera de argamasa» contra la que «todo pacto es en vano». Y la «velocidad», el frenesí, el grito, se contienen; lo «inevitable» se acepta «sin escándalo» («Pesadilla»). En la noche, y en la noche del corazón, «los consabidos desgarrones»: porque «el ojo indagador», en definitiva, no descansa («Cruel»), pero intenta poco a poco acostumbrarse a la luz, para no cegar. «Lo cierto es que una rabia confusa y un espasmo/de dolor agudísimo se fue haciendo sollozo/por nuestra vida mala, por nuestra suerte atroz», rezan tres versos del bellissimo «Saulo y los pájaros».

El horizonte entrevisto desde esta rada, por consiguiente, no puede ofrecer muchas variantes con respecto al ofrecido en su obra anterior, pero está considerablemente ampliado en intensidad afectiva. Dos presencias lo sellan claramente: mujer e hijo, y desde el descanso, desde el abrazo de estas dos figuras, pueden sentirse crecer las raíces y aquietarse con la caída del ancla. Desde este sitio, desde esta perspectiva, se asoma ahora el poeta a abarcar el horizonte: «el desplazamiento del centro de gravedad hacia lo decible» (J. Talens), que ya prefiguraba *El centro inaccesible*, constituye el punto de mira que configura la visión de este último libro.

Y el nuevo «gesto» se revelará en una palabra que huye del exabrupto, que evita lo altisonante, que se remansa, y que resulta sabiamente enriquecida, porque bebe ahora en los pozos más puros del idioma. Si algo había puesto ya en evidencia toda la obra anterior de Antonio Martínez Sarrión era la posesión de un vasto vocabulario, resultado de una infatigable e inteligente avidez lectora. Pues, en este aspecto, aún nos espera *Horizonte desde la rada* con una sorpresa, con un deleite —y esto importa destacarlo— en el que nos regalamos: algunos poemas exhuman palabras de la más pura cepa castiza, nombres manados de las fuentes más clásicas del idioma. La referencia introduce el libro: «Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dijo: —Llaneza, muchacho: no te encumbres: que toda afectación es mala. (II, 16)». Y quizás valga detenernos en la cita y resaltar no precisamente el significado que encierra —lo que resultaría hasta peligroso, como rápidamente veremos—, sino su procedencia. Porque es en esa prosa del Siglo de Oro, en su novela, donde probablemente encuentra Martínez Sarrión el sabroso veneno del que se nutre el léxico más exquisito de *Horizonte desde la rada*. No debe por tanto confundirnos esa declaración de «llaneza» que postula la cita inicial: aunque el culturalismo «anticulturalista» presente en su obra anterior ha desaparecido, la «afectación» —aunque siempre deliberada— que menciona Maese Pedro, no por ello llaneza es aquí sinónimo de fácil lectura. Por el contrario —y pese a que se combinan varias razones de contenido y forma—, son muchas las veces en que la lectura se demora, se hace hasta difícil, porque tropieza con este vocabulario de clásica raigambre. Y en esta sorpresa, hacemos nuestro el placer de pronunciar y regustar la vieja y fiel palabra, recuperada gracias a la infalible sensibilidad y al conocimiento de Antonio Martínez Sarrión.

Este es el aspecto lingüístico que hemos creído importante destacar. Lo que no impide que recordemos que el «terco mundo presente» («Carpe Diem») obliga al autor, algunas veces, a imponer un ritmo más acelerado, más «actualizado», con alguna de esas notas surrealistas y socarronas que ya le conocíamos: y entonces, aquellos sabrosos términos quedan rezagados.

La riqueza de imágenes y el hábil uso de diferentes metros completan el cuadro de los logros expresivos más notables de *Horizonte desde la rada*.

La Editorial Trieste, en primorosa edición, nos lo alcanza. Indispensable nos será asomarnos a su trazado a la hora de valorar la trayectoria poética de su autor y la del aporte del título en el actual panorama lírico de su generación.

IRMA EMILIOZZI